

A María Eulalia

Le dije que exageraba. Que yo nunca...

Pero eso tú, María Eulalia, seguro que ya lo sabes.

Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos sin vernos que le hiciese un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Pero, María Eulalia, también eso seguramente tú lo sabes.

Entonces fue cuando le respondí...

Pero para qué María Eulalia, aburrirte repitiendo una vez más tantas cosas que con seguridad tú ya sabes...

Están, además, llamando a la puerta, de modo que, viéndome apremiado por la contingencia que los de aquí llamamos tiempo, estimo razonable el aplazar para otro momento el proseguir no contándote —de manera sucinta porque eso, insisto, María Eulalia, ya lo sabes— qué sucedió y cómo en mi verdad fueron las cosas sino, largo y tendido y exclusivamente con ánimo de no aburrirte, por qué omito tanta reiteración innecesaria y paso, es decir “pasaré” cuando regrese de la puerta, directamente a la página 24, que es la primera de todas cuantas en esta magna historia van escritas que contiene algo nuevo y continente de lo que pretende, de manera harto torpe en sus principios, alcanzar una dimensión distinta.